

II. La culpa de haber nacido

CAMON: Decíamos que pasó usted un año en el campo de concentración. El campo de concentración, metáfora por excelencia del hombre que hace el mal al hombre, una de las mayores culpas de la historia. Sin embargo, Benjamin ha dicho en alguna parte que el campo de concentración no es una condición anómala sin parangón posible con el resto del mundo: el campo de concentración es solo una versión concentrada de una condición que es general en el mundo. En definitiva, el campo de concentración es también un reflejo especular de la estructura de toda sociedad: también ahí hay salvados y hundidos, opresores y oprimidos.

LEVI: Respondo a esto de dos maneras. En primer lugar, con repugnancia: esta comparación del mundo con el campo de concentración suscita en nosotros —nosotros los «tatuados», nosotros los

«marcados»— una suerte de rebelión; no, no es así, no es cierto que una fábrica sea un campo de concentración, que un hospital psiquiátrico sea un campo de concentración; en la fábrica no hay cámaras de gas, y en el hospital psiquiátrico uno lo pasa muy mal pero no hay hornos, hay salida, se reciben visitas de familiares. Esa clase de pintadas en los muros, que he visto algunas veces, «fábrica igual a campo de concentración», «escuela igual a campo de concentración», me dan asco: no es verdad. Dicho lo cual, y esta es la segunda respuesta, es una afirmación que puede valer como metáfora. Yo mismo escribí en *Si esto es un hombre* que el campo de concentración era un espejo de la situación externa, pero un espejo deformante. Por ejemplo, la instauración automática y fatal de una jerarquía entre las víctimas es un hecho sobre el que no se ha razonado lo suficiente; el hecho de que en todas partes haya presos que hacen carrera a costa de sus camaradas.

¿Es una condición innecesaria o necesaria para el funcionamiento de los campos?

Resultaba útil para el funcionamiento de los campos de concentración. Fue explotado por los nazis, si bien, aunque no se hubiera visto favorecida, se habría producido de todas formas. Allá donde viene a

faltar la ley, sobre todo, se instaura la ley de la selva, la ley darwiniana, según la cual prevalece y sobrevive aquel que es capaz de adaptarse mejor, que es por lo general el peor individuo, devorando la carne viva del otro. Este fenómeno era notorio en el campo de concentración.

En todo caso, tengo que abrir un paréntesis. Yo viví el campo de concentración en la peor de las condiciones, es decir, como judío. En los diarios de muchos presos políticos se cuentan historias muy diferentes, aunque no haya contradicción. Las condiciones en las que vivían los políticos en el campo de concentración eran diferentes a las nuestras, porque contaban con una armadura moral y también política de la que la mayoría de nosotros carecíamos. Algunos judíos, es verdad, eran también presos políticos; yo mismo lo era en cierto sentido, porque había sido partisano: yo sí poseía cierto sentido de la contención y el deber que me impuse de resistir a esa succión desde abajo. Mis compañeros de prisión, en cambio, no eran presos políticos, eran la espuma de la tierra, eran unos desgraciados que cargaban con el fardo de cinco años de persecuciones continuas a sus espaldas, personas que habían huido de la Alemania nazi, hacia Polonia o Checoslovaquia tal vez, para verse luego alcanzadas por la riada nazi, que habían huido a París, para verse alcanzadas allí también y

acabar al final en Auschwitz; o bien pobres diablos de Ucrania, Bielorrusia, Polonia oriental, sin contacto con la civilización occidental, arrojados de golpe a una condición que no lograban entender. Era ese el material humano que tenía a mi alrededor. En medio de tanto infeliz no había solidaridad, no la había; y esta carencia fue el primer trauma, el mayor de los traumas. Ingenuamente, los que habían viajado conmigo y yo mismo habíamos pensado: «Por muy mal que vayan las cosas, encontraremos compañeros». Algo que no se verificó. Encontrábamos enemigos, no compañeros.

Creo que los cristianos y católicos, hombres nacidos y criados dentro de la cultura cristiana o católica, se enfrentan aquí a un problema que no pueden intuir, que ni siquiera pueden vivir en su fantasía y que, por lo tanto, no pueden entender. Me refiero al problema de tener que pagar la culpa de haber nacido. Porque creo que esa era la «culpa» que distinguía al judío del preso político o del partisano o del prisionero de guerra. Estos pagaban el precio de una batalla perdida, o de una oposición política; mientras que la «culpa» que tenía que pagar el judío atañe al mero hecho de haber nacido: la culpa de existir. Por eso tenía que ser eliminado. La culpa de haber nacido es

un concepto que había sido elaborado en ciertas corrientes de la filosofía griega, y retomado luego en ciertas corrientes del existencialismo no teísta. Pero que no deja de ser, en su esencia, un concepto que los cristianos no pueden experimentar por sí mismos.

De hecho, esta condena era vivida como una incomprensible injusticia. Cada uno de nosotros se daba a sí mismo explicaciones válidas solo para él. Yo tenía la percepción de que me enfrentaba a una locura, a una locura metódica.

¿Y la conciencia de que todos sufrían una injusticia común no los unía?

No lo suficiente. Por muchas razones. La razón fundamental es que hubo falta de comunicación: y ese fue el segundo trauma. Pocos de nosotros, los judíos italianos, entendíamos el alemán o el polaco; muy pocos. Yo sabía algunas palabras de alemán. El aislamiento lingüístico, en esas condiciones, era mortal. Casi todos los italianos murieron a causa de esto. Porque desde los primeros días no entendieron las órdenes, y esto era algo que no se permitía, que era intolerable. No entendían las órdenes y no podían decirlo, no conseguían hacerse entender. Oían un grito, porque los alemanes, los militares alemanes, siempre gritaban...

Para «dar salida a una rabia secular».

Eso fue lo que escribí, en *Si esto es un hombre*. Y ese fue el tercer trauma. Para ellos es algo natural, sucede en su ejército incluso ahora: las órdenes se gritan. Pues bien: la orden se gritaba, pero no se entendía, así que siempre llegabas el último. Pedías información, noticias, explicaciones a tu compañero de catre, pero este no escuchaba y no entendía.

Este hecho era de por sí un primer gran obstáculo para la unión, para reconocerse como compañeros.

Yo —siempre he dicho que tuve suerte— me encontré con que hablaba un mínimo de alemán, lo había estudiado como químico, y pude así establecer una cierta comunicación con los no italianos: y esto era fundamental para entender donde vivía, el decálogo de ese lugar. Y también para percibir ese sentido de unión del que usted habla. De hecho, recuerdo que cuando se establecieron contactos con amigos prisioneros franceses, húngaros y griegos, nos parecía que habíamos subido un peldaño.

Estas condiciones, como es lógico, constituían parte sustancial del campo de concentración: constituían el campo de concentración. El campo estaba concebido para que no se pudiera sobrevivir. Y esto nos devuelve al problema, que ya hemos apuntado antes, de cómo fue posible que

una cultura y un comportamiento colectivo —no digo de todos, pero en cualquier caso sí colectivo— llegara al extremo de establecer que había que hacer expiar a una raza, en su totalidad, la culpa de existir. Hablaba usted antes de la proyección de la voluntad y de la moral de un líder. Tengo la impresión de que debe de haber mucho más, es decir, de que esa cultura debe de tener ya dentro de sí las semillas de una concepción de la existencia como culpa.

No me parece posible atribuir a una colectividad alemana (aunque sea limitada) la voluntad de «castigar» a los judíos exterminándolos. En Alemania todo el mundo sabía que existían los campos de concentración: de los campos específicamente políticos, como los de Mauthausen y Buchenwald, algunos, pocos, salían y podían hablar de ellos; y, por lo demás, la noticia de la existencia de los campos de concentración era útil para el nazismo, suponía un elemento disuasorio eficaz. Por el contrario, el programa de exterminio de judíos y gitanos se mantuvo en secreto tanto como fue posible: era una noticia demasiado horrenda para obtener su aprobación, incluso dentro de los círculos del Partido Nacionalsocialista. Y de los campos de concentración de masacres puras e integrales —Treblinka, Chełmno, Majdanek y unos cuantos más (Auschwitz es un caso aparte, de

ello hablaremos más adelante)— no salía nadie; de hecho, no era casualidad que estuvieran todos fuera de las fronteras alemanas: de lo que estaba pasando allí los alemanes no debían enterarse. Por la misma razón hubo que mantener en secreto el exterminio de los enfermos mentales alemanes; pero, dado que esto se hacía necesariamente en Alemania, algo se vino a saber, algunos clérigos valientes protestaron, y la operación quedó interrumpida.

Por estas razones me resulta imposible atribuir esta «voluntad de muerte» al pueblo alemán, ni siquiera a una parte conspicua de él. En cambio, lo que sí se puede y se debe lanzar al pueblo alemán es la acusación de cobardía: los alemanes podrían haber sabido mucho más sobre el exterminio si hubieran querido, si los pocos que lo sabían hubieran tenido valor para hablar; pero esto no sucedió. Los que sabían callaban, los que no sabían tenían miedo de hacer preguntas: ojos, oídos y bocas permanecían cerrados. Es evidente que el terrorismo de Estado es un arma muy potente, a la que es muy difícil resistirse; pero también es cierto que el pueblo alemán, en su conjunto, no hizo siquiera el menor intento de resistir.

He mantenido algunos contactos epistolares alucinantes con alemanes. Le puedo contar un caso del que me enteré por carta.

¿Después de la publicación de su libro en Alemania?

No, de forma casual. Mantuve, y todavía mantengo, un intercambio de cartas con una señora alemana, que conocía a algunos de los químicos que trabajaban donde yo trabajaba, del otro lado. El caso de uno de estos lo he contado en *El sistema periódico*, en el capítulo «Vanadio».¹ Resulta que me enteré por esta señora de otro caso, el caso de H., un funcionario, un químico, de mi edad, casi gemelo mío, químico orgánico como yo. Trabajaba en Ludwigshafen, en una fábrica de caucho, y le ofrecieron ir a Auschwitz. Él no sabía de qué se trataba, pero la fábrica de Ludwigshafen, donde trabajaba, era bombardeada a menudo porque se hallaba dentro del radio de acción de los bombarderos estadounidenses. En Ludwigshafen había, y todavía hay, una gran industria alemana. Los alemanes habían duplicado la fábrica de Ludwigshafen en Auschwitz, la fábrica de Auschwitz (la Buna) era idéntica a ella: habían tomado los planos y habían levantado una copia exacta. Porque allí había carbón, había acceso al agua, había mano de obra esclava y se hallaba fuera del alcance de los bombarderos. H. se lo piensa,

1 Publicado por Altamarea dentro del volumen *Auschwitz, ciudad tranquila*, traducción de Carlos Clavería Laguarda, 2022.

tenía novia, va a ver, ve la fábrica en construcción y acepta trasladarse allí. Vuelve, recoge a su esposa (o futura esposa, no lo sé) y los muebles, se instala en Auschwitz, trabaja allí durante seis meses, ocho meses, luego todo acaba. Vuelve, sus amigos, que son buena gente, le preguntan: «¿Dónde has estado?». Pero él no dice nada. Ni durante las vacaciones de su estancia allí, ni después, habló nunca de aquello. Se emborrachaba, tocaba el piano y bebía. La gente le preguntaba: «¿Qué viste allí?». Él contestaba: «Bah, había un campo de concentración cerca». Nada más. Tenía la intención de entrevistar a ese tal señor H., pero murió antes de que pudiera hacerlo. Su mujer sigue viva, pero no me atrevo a molestarla.

Esto me parece un buen ejemplo del comportamiento de los alemanes, que ni hablaban ni querían oír para no volverse culpables de aquello que intuían.

¿Represión psíquica, entonces?

No, yo no lo llamaría represión, porque la represión es interna. Reprimas algo que sabes. Aquí, sin embargo, las puertas se cierran antes de saber nada.

Entonces, según usted, este hombre en el campo de concentración ¿no quiso saber, se negó a ver, a tomar conciencia?

Sí, no quería saber, no quería que le contaran nada.